NUEVA REVISTA DE FILOSOFÍA Y LETRAS

THESIS

FRANCISCO MIRÓ QUESADA
IRIS MURDOCH
SARA BOLAÑO
ANGELINA MUÑIZ
JUAN CORONADO
LUIS G. RAMOS
ELSA CROSS
ANTONIO CASTRO LEAL
ALBERTO CONSTANTE
MAURICIO BEUCHOT
ANTONIO ZIRIÓN QUIJANO

40.00 pesos
Abril / 1981

THESIS

Nueva Revista de Filosofía y Letras.
Año III, Número 9
Abril / 1981

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:
Dr. Octavio Rivero Serrano
Secretario General:
Lic. Raúl Béjar Navarro
Secretario General Administrativo:
C.P. Rodolfo Coeto Mota
Abogado General:
Lic. Federico Anaya Sánchez

THESIS. NUEVA REVISTA
DE FILOSOFIA Y LETRAS

Publicación Trimestral de la
Facultad de Filosofía y Letras

Director: Abelardo Villegas
Editor: Benjamín Villanueva
Consejo de Redacción: José Pascual Buxó
Juliana González, Benjamín Villanueva

Secretaria de Redacción: Elsa Cross

Índice

FRANCISCO MIRÓ QUESADA 4
Filosofía científica y filosofía de la ciencia en América Latina

ANGELINA MUÑIZ 10
En el nombre del Nombre

IRIS MURDOCH
Contra la aridez (un bosquejo polémico) 12
Trad. Hernán Lara y Judith Sabines

ANTONIO ZIRIÓN QUIJANO
Dos celosos cartesianos (fábula filosófica) 17

JUAN CORONADO 29
Los nombres del barroco

ELSA CROSS 33
***Atrio* (poema)**

ALBERTO CONSTANTE
Heidegger y los "trovadores del ser" 34

LUIS G. RAMOS
Antioquía, ápice de la gloria de Oriente 37

MAURICIO BEUCHOT
La filosofía del lenguaje entre los griegos 47

SARA BOLAÑO
La importancia de la lengua en el proceso educativo 54

La tradición presente:
ANTONIO CASTRO LEAL 63
Juan Ruiz de Alarcón y la moral

Notas y Reseñas

Enrique Hülsz: Habermas y la idea de la acción comunicativa 66

César González: ***La separación de los amantes*****, de Igor Caruso** 71

Gustavo Escobar: ***El pensamiento filosófico de José Vasconcelos*****, de Margarita Vera y Cuspinera** 73

Vera Valdés Lakowsky: ***La modernidad del Japón*****, de Lothar Knauth** 76

Indice del volumen II de *Thesis* 78

LUIS G. RAMOS

Antioquía, ápice de la gloria de Oriente

PROLOGO

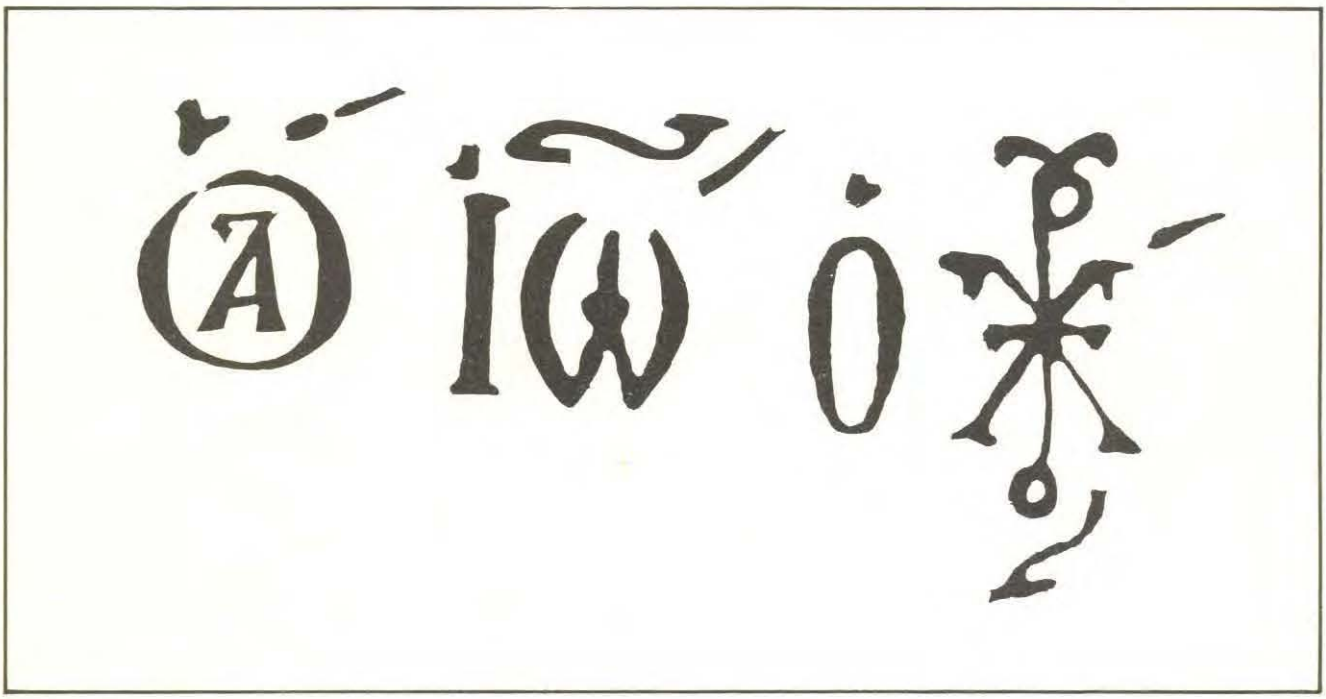
La historia de una ciudad creada por el genio griego y embellecida por el Imperio Romano de Oriente presenta una serie de puntos interesantes para los historiadores latinoamericanos. Su misión, y su destino particular en el conjunto de la historia bizantina la hace paradigma apto para ser seguido en otros casos, aun lejanamente similares, de nuestro continente. Una ciudad creada por un imperio en expansión por razones estratégicas y comerciales, es un caso que no es desconocido en América Hispana. Tampoco lo es, toda proporción guardada, el auge cultural consecuente a las razones antes aludidas.

En efecto, la importancia estratégica y comercial de la ciudad de Antioquía, no tendría la significación que adquirió si no se diese simultáneamente el desarrollo cultural, helenístico y romano, que allí se produjo. Más aún, quienes como el rétor Libanio, trataron de conservar el ideal grecorromano clásico, no hubieran tenido éxito, si cristianos, de la talla de Juan Crisóstomo, no hubieran asumido esa herencia en su obra literaria. Gracias al cristianismo, la cultura de Antioquía sobrevivió a la destrucción de la ciudad que los cataclismos y la guerra llevaron a cabo en la Edad Media.

El método seguido en el trabajo, que no tiene pretensiones de originalidad, es un esfuerzo de relacionar las condiciones geográficas y económicas con los logros culturales. Se trata de examinar, no solamente construcciones y batallas, sino sobre todo la vida de sus habitantes y sus manifestaciones culturales.

Si la relación de la vida de los antioquenos, con su contexto geográfico, económico y social hace nacer en el lector la inquietud por conocer ciudades más cercanas en esta perspectiva, el autor considerará alcanzado el objetivo del trabajo.

Pocas ciudades del Imperio Romano se pueden enorgullecer de su larga historia como Antioquía de Siria.[1] En ella se gestaron las últimas luchas del mundo grecoromano y en ella comenzaron a ser conocidos los cristianos.



El río Orontes y el Monte Silpio

Antioquía está situada al noreste de Siria a menos de 30 kms. del Puerto de Seleucia Pieria, en la planicie que va del Orontes al Monte Silpio: *Porrecta in inmenso longitudine in lato angustior, quia praerupto montis a leva artatur, ut extendi ulterius metendae urbis spatia nequirent.*[2] A poco de su fundación la ciudad abarcó también una pequeña isla formada por dos brazos que el Río Orontes abría al noreste del Monte Silpio paralelamente a la ruta que va a Berola, incluyendo la isla, la superficie tendría unos 650 hectáreas. En tiempos de Justiniano la ciudad debió contener unos dos mil habitantes.

La localización de ésta como de tantas otras ciudades griegas obedecía a su provisión de agua y la protección contra los vientos. El Orontes proveía a la ciudad con aguas abundantes y su disposición topográfica la haría ideal para aprovechar las brisas y protegerse de los vendavales.

Antioquía era una verdadera encrucijada por su situación respecto al Mediterráneo, fácilmente alcanzable por vía fluvial, como por ser el eje donde convergían las rutas de Alejandreta y Berola.

Prehistoria mitológica

Toda gran ciudad griega tenía a orgullo el poder narrar con mitos su prehistoria. Antioquía no era excepción. Según la leyenda los argivos, bajo Triptolomeo, buscando a la errante, Ios, llegaron al Monte Silpio y tal fue la impresión que les dejara el espectáculo del lugar, que abandonando su búsqueda, se establecieron en las laderas de la montaña. Más tarde vinieron nobles cretenses bajo el mando de Casos. Este jefe casó con la hija de Salamino, rey de Cripre, quien llegó a la ciudad con gran séquito. Casos dejó huella en la historia y la cultura de la capital Siria. Vinieron en fin los hijos de Heracles luego de ser desterrados por Eurisleo. Esta genealogía mítica fue propagada por toda la provincia, y no se desperdició ocasión de hacerla saber a los extranjeros y recordarla a los emperadores.

El fundador de Antioquía

Seleuco Nikator (El Conquistador), famoso general de Alejandro Magno, fundó alrededor del año 300 a.C., la ciudad de Antioquía. A la muerte de Alejandro, Siria tocó en suerte a Seleuco, luego de la batalla decisiva de Ipso (301 a.C.), junto con toda el Asia Oriental.

Seleuco buscó un punto estratégico para el control de la parte norte y occidental de Siria.

Con este fin fundó cuatro ciudades hermanas a las que dió los nombres de cuatro miembros de su familia. Estaban dispuestas en dos pares, que consistían en un puerto de mar y una ciudad tierra adentro en cada caso. El par norte, estaba formado por Antioquía y el Puerto de Seleucia (Pieria); al sur se erigieron Apamea (del nombre de la esposa persa de Seleuco, Apame), y el Puerto de Laodicea. Seleucia fue construida como ciudad inexpugnable, pues estaba destinada a ser la capital de la dinastía seléucida, pero las cualidades y atractivos de Antioquía hicieron que se prefiriera ésta.

En efecto, Antioquía tiene clima benigno. Los veranos es verdad, son cálidos, pero desde mayo la brisa refresca la ciudad. El invierno aunque muy lluvioso, no es severo. El majestuoso Monte Silpio protege además de vientos violentos.

El trazo de la ciudad no corre paralelo al río, sino que está dispuesto de manera a aprovechar la suave brisa que disipa el exceso de humedad.[3]

No tardó la ciudad en adquirir la importancia comercial que le tocaba como centro de las rutas que venían del Asia Menor a Palestina. Por otra parte era punto clave por el que pasaban las caravanas que venían del valle del Tigris-Eufrates al Mediterráneo. Las riquezas que llegaban de China e India a lomo de camello, hacían alto en Antioquía antes de embarcar sus productos en el Orontes hacia el Mediterráneo y de allí a todos los puertos del Imperio.

Abastecimiento

Pero volvamos a la ciudad y sus alrededores. El trigo fue siempre abundante dada la regularidad de las lluvias y el riego del Orontes. Los valles de las riberas cercanas multiplicaron las huertas de diversos árboles frutales: más lejos estuvieron los bosques abigarrados de grandes árboles. Los pavimentos de mosaico del Suburbio de Dafne, nos atestiguan de la variedad de piezas de caza que corrieron, libres, en los negros bosques. La madera, pues, no fue escasa, como tampoco la piedra para la construcción de la que tanto se hizo uso a través de los siglos.

Una de las riquezas alimenticias que dio renombre a Antioquía fue la variedad de pescado.

> *Nosotros los habitantes de la tierra firme tenemos más abundancia de pescado que muchos de los que habitan las costas. Aunque estamos a cierta distancia del mar, los pescadores recogen para nosotros los frutos del mar en sus redes. Cada día entran en la ciudad cantidades enormes de pescado. También es ventaja que en Antioquía los pobres no estén privados de este alimento.*
>
> *La fortuna ha distribuido a los ricos los productos del mar, a los otros, los del lago. Dio así a cada uno el alimento apropiado; el río lo dio en común a las dos clases, pues nutre en sus aguas para los ricos, el pescado que el mar hace subir hasta el río, para los demás las otras especies y todo en cantidad*
>
> Antiochikos *n. 257; Festugière, p. 35.*

La cultura en Antioquía

Alejandro Magno se preocupó de ir sembrando la cultura griega en las ciudades que iba conquistando de tal manera que en las principales de ellas se crearon centros de cultura helénica.

Las primeras colonias de habla griega estaban pobladas por macedonios, veteranos de guerra. Pronto llegaron también los atenienses. Los antioquenos reclamaban sobre todo a los áticos como sus ancestros. En realidad había en la región de Antioquía un denso substrato de población de raza semita (los sirios), que, antes de Alejandro habían sido súbditos del Imperio Persa. La cultura de Antioquía estuvo marcada por esta población siria. Otro aporte no griego que fue creciendo con los siglos es el de los judíos. La primera colonia judía de Antioquía fue fundada por los veteranos de los ejércitos de Seleuco que dieron a los judíos, en premio por sus servicios, campos cerca del suburbio de Dafne. Las diferentes migraciones hebreas permanecieron aisladas, sin asimilarse a griegos y sirios y dieron un carácter muy especial a la ciudad, particularmente, al suburbio de Dafne. Este suburbio, 7 km. al sur de la ciudad, albergó las villas más lujosamente engalanadas de las laderas del Silpio.

La cultura helenística se desarrolló sin trabas en Antioquía tanto desde el punto político como social y artístico. Testigo de esto fueron los templos, plazas y otros edificios públicos que manifestaban la vitalidad del pueblo antioqueno en su época griega. Antioquía se convirtió en centro de atracción por sus escritores y escuelas que comenzaron desde entonces a florecer.

Helenismo

Durante el reinado de Antíoco IV, Epífanes (174-164 a.C.), se construyeron importantes edificios en el barrio llamado Epifanía, uno de los más bellos de la ciudad. No faltaba a Antioquía nada de lo que podía hacer a una ciudad paradigma de la *polis* helenística. El templo de Zeus, el hipódromo, la estatua de la *Tyché*, la Cámara del Consejo, para las reuniones del senado. Por este tiempo podía admirarse también el templo de Júpiter Capitolino. El templo fue construido por razón de la admiración que sentía Antíoco Epífanes por los romanos.

Verdaderamente Antioquía era dechado del helenismo en las ciudades sirias.

Las fuentes de Dafne fueron siempre una de las atracciones más irresistibles de Antioquía. Dafne era un lujoso suburbio dotado de su plaza pública, baños, templos y sembrado de amplias villas que enmarcaban las tres fuentes: Castalia, Pallas y Saramanna. Las fuentes vertían su fresco líquido en grandes piscinas. El agua cristalina de estas fuentes era uno de los motivos de orgullo de Libanio.

Por esta causa somos superiores: porque en Antioquía el agua es abundante. En otros aspectos, quizá podría quedar en vergüenza: por la cuestión del agua, supera a todos. ¿Quieren fuentes bellas? superamos por el número. ¿Quieren fuentes numerosas? superamos por la belleza. O más bien, si se trata de abundancia superamos por el número; de amenidad, superamos por la belleza. Cada uno de los baños construidos por la ciudad versa el volumen de un río; entre los construidos por un particular, unos tienen un volumen igual; otros, apenas menos.

Se construyeron acueductos para conducir el agua hasta Antioquía.[4]

La pequeña localidad albergaba importantes construcciones tales como el templo de Zeus Olímpico, el santuario de némesis, situado dentro del gran estadio olímpico local.[5]

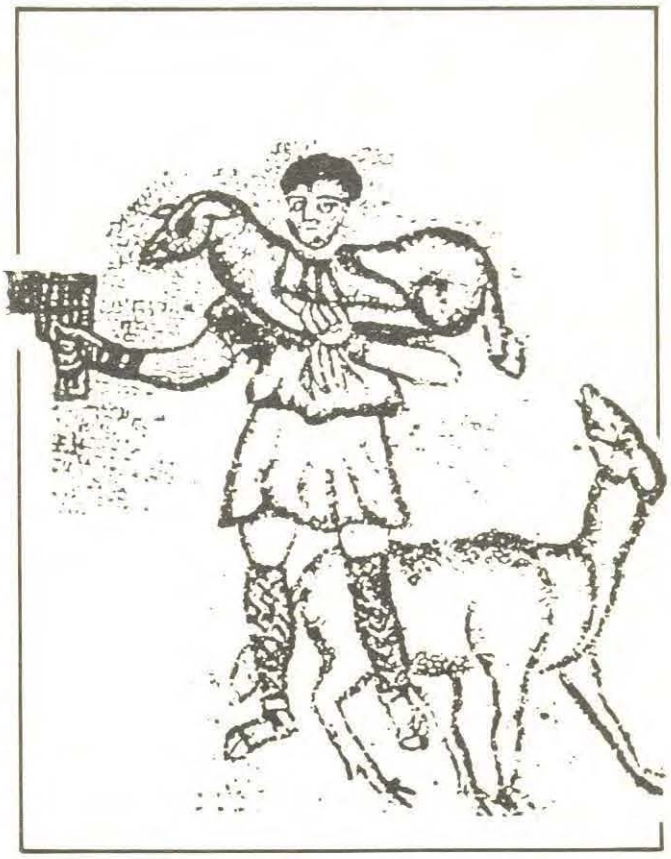
Sería prolijo enumerar todos los monumentos de los que tenemos noticia, baste mencionar la piscina ornamental que Adriano mandó construir, dotada de gradas a fin de poder pasear y sentarse para gozar de la frescura proporcionada por el manantial más importante; llamado Saramanna. Otro monumento del que hay que hacer mención es el santuario subterráneo dedicado a Hécate, al que se descendía por medio de 365 escalones.

La belleza natural debidamente cuidada y realzada por las construcciones y monumentos fue objeto de elogios literarios de los cuales el más entusiasta fue sin duda el de Libanio.

Dominación Romana

El Imperio Seléucida cedió a las luchas intestinas. Roma encontró un imperio debilitado y carente de cabeza. En el 64 a.C., con motivo de la reorganización de los dominios romanos en Oriente, Siria se convierte ese año, en provincia romana.[6]

Con la llegada de los romanos se inicia una nueva era en el gobierno como en la cultura de la ciudad. Los nuevos señores también apreciaron la magnificencia de An-



tioquia y con el crecimiento de su fama hubo una fuerte migración de nobles romanos que pronto transformó la vida y las costumbres de los habitantes que nunca habían despreciado los lujos.

Los romanos construyeron una doble columnata en la calle principal y levantaron nuevos edificios dedicados a los dioses romanos. Aparece la Loba Romana en diversos lugares. La estatua de la Diosa Roma fue puesta en lugar apto para los cultos oficiales de los romanos. El complicado ceremonial de estas celebraciones añadió un toque de colorido extravagante a la ciudad más griega del Asia Menor. La vida social tan íntimamente ligada a la religiosa sufrió también la transformación que era de esperarse.

La lengua latina nunca llegó a imponerse, ni los dialectos sirios desaparecieron. El latín fue sin duda la lengua oficial y por las transliteraciones directas numerosas palabras hicieron su aparición en el griego oficial; el lenguaje bizantino, con su número importante de latinismos, nos da idea de la presión que ejercía la dominación latina. Un ejemplo de la sobrevivencia de los dialectos sirios en el s. IV, d.C., es el hecho de que Juan Crisóstomo usaba los servicios de un intérprete para hacer llegar sus discursos a la mitad de la asamblea que no comprendía bien el griego.

La lengua griega no logró hacer desaparecer los dialectos semitas, ni la latina hacer bilingües a los antioquenos.

El cristianismo

Desde la llegada de los primeros misioneros cristianos en la segunda mitad del s. I, Antioquía fue utilizada como centro de operaciones. San Pablo hizo tres escalas en la ciudad de Seleuco y se dice que San Pedro fue su primer obispo.

No es imposible que la predilección de los primeros cristianos por Antioquía haya obedecido al haber encontrado aquí a los judíos más abiertos y más receptivos.[7] Ni es dudoso que esto brindara mayor seguridad a los seguidores de Cristo y mayor posibilidad de trabajo misionero.

Había una razón para la mente abierta del antioqueno. Era esta gran variedad de personajes, usos y costumbres que llegaban a la ciudad de tierras lejanas. El cristianismo, aparte de su parentesco evidente con el judaísmo, no era más exótico que las otras prácticas religiosas que los antioquenos estaban acostumbrados a presenciar.

No hay que olvidar que la semilla cristiana cayó en el terreno abonado por los autores de la traducción del Antiguo Testamento llamado "De los Setenta (LXX)" (hecha ca. III-II a.C.). El mensaje del cristianismo fue recibido con particular aprecio por aquéllos que, atraídos por las enseñanzas judías, se alimentaban del texto griego del Antiguo Testamento.

Estos prosélitos reculaban ante su conversión completa al judaísmo, porque esto incluía, de hecho, la renuncia a la ciudadanía romana. No de derecho, pero ciertamente de hecho, al pasar a vivir a los "*ghettos*" judíos. El cristianismo ofrecía una alternativa honrosa que conservaba los valores de la ética judía y su monoteísmo.[8]

Los Antioquenos

"La grandeza de las ciudades no está constituida por la magnificencia de sus edificios sino por las virtudes de sus habitantes". Por esta razón debemos abandonar la descripción de la ciudad y ocuparnos de sus habitantes. Vamos a examinar dos ejemplos esclarecidos que hicieron famosa a la ciudad, pero no podemos olvidar que el pedestal donde reposan las grandes figuras, está formado por una masa de hombres y mujeres comunes, que silenciosos e ignorados, hicieron posible el encumbramiento de renombradas personalidades.

Nos hemos de referir a Libanio, uno de los últimos representantes del pensamiento grecorromano que tocaba a su fin, y a Juan Crisóstomo, que representaba la pujante emergencia del cristianismo.

Libanio

Uno de los últimos representantes de valía del ocaso del mundo grecolatino es, sin duda, el rétor Libanio. Nuestro personaje era miembro de una familia empleada por generaciones en el servicio público; su padre era un prominente funcionario.

Perdió a su padre siendo aún joven. Su madre no quiso contraer segundas nupcias y, como hacían las viudas bien nacidas de su tiempo, prefirió entregarse de lleno a la educación de sus hijos. Tenemos una confesión muy íntima del propio Libanio en una de sus cartas: "A pesar de entregar su madre el salario a los maestros encargados de nuestra educación, era incapaz de airarse contra el hijo perezoso, pues estimaba propio de la madre amorosa no contristar a sus hijos nunca y esto a pesar de que nosobros pasábamos más tiempo en los campos que en la clase".[9]

A los quince años, guiado por su maestro Ulpiano de Ascalón, descubrió Libanio el placer de las letras, experiencia de la cual guardará un recuerdo emocionado. Su pasión por la lectura se fue acrecentando desde entonces. Como todo joven de su extracción social sintió la atracción de la reputación académica de Atenas. Allá se dirigió a los veinte años de edad, (pasando por Constantinopla), y permaneció cinco años dedicado seriamente al estudio (336-340).

Al terminar sus estudios tenía tal fama que le fue ofrecida una cátedra en Atenas. No pudo tomarla debido a la oposición celosa de los atenienses. Por lo mismo hubo de abandonar Atenas.

De regreso a su ciudad natal le fue ofrecida una cátedra en Constantinopla. De nuevo perdió su oportunidad, pues la cátedra fue ocupada antes de su llegada. De todas maneras permaneció en la capital del Imperio impartiendo clases particulares con éxito. Allí descubrió su vocación y comenzó a ejercitarse en el oficio que le habría de ocupar toda su vida: el oficio de educador.[10] Desgraciadamente encontró en Constantinopla la misma oposición de los filósofos que ya había padecido en Atenas, además su salud se quebrantó debido al clima de Constantinopla. Después de estas peripecias, en 354, logró Li-

banio establecerse en su patria Antioquía. En su medio natal, el clima y el ambiente le eran favorables.[11] Allí pasará el resto de su vida, desarrollando su exitosa carrera de educador y también interviniendo en la vida social y política de su tiempo. En efecto, además de su carrera como maestro, tuvo Libanio acertadas intervenciones en favor de los desposeídos. Luchó en particular por una impartición más equitativa de la justicia.

La reforma penal ocupó su atención,[12] como lo atestigua su "Discurso sobre los prisioneros". En él abogaba por un mejor trato a los reos que esperaban juicio y por la expedita audiencia de quienes ya habían sido acusados. Todo esto supone que en tiempos de Libanio se daban arrestos en los que los detenidos no tenían derecho a audiencia. Más aún, Libanio presenta la justicia impartida en Antioquía como parcial, morosa y venal. En sus discursos llega a poner en duda la competencia de los jueces. Las quejas de Libanio llegaron hasta el emperador y es probable que en la legislación de Teodosio encontremos leyes que respondan a estas súplicas.

Dice Glanville Downey que no sólo los prisioneros sino también las clases trabajadoras requerían apoyo y protección. Libanio intervino repetidas veces a fin de buscar mejor trato para los explotados; el rétor de Antioquía acusaba a los grandes agricultores, los panaderos y pequeños comerciantes.

La lucha por la preservación de los valores (grecorromanos) tradicionales fue el objetivo mismo de la vida de Libanio. Estaba firmemente convencido del papel de la tradición en la construcción del futuro. No era precisamente enemigo de la innovación, sino que consideraba gravísimo admitirla sin criticarla, a la luz de los valores probados del pasado.

Libanio no se percató o al menos nunca quiso confesar que el concurrente del mundo grecolatino clásico estaba dentro, e inundaba hasta las más profundas raíces de la cultura; este concurrente era el cristianismo.

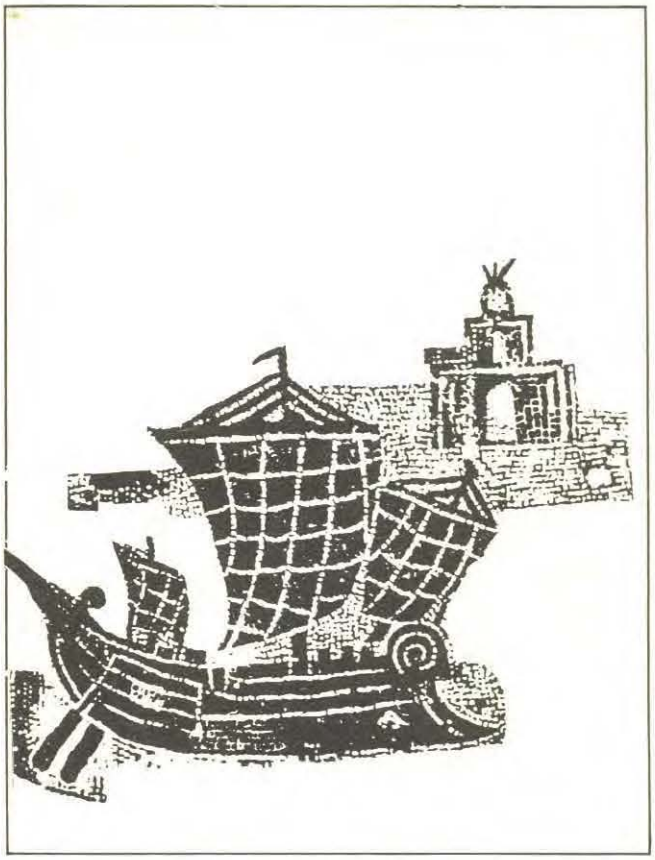
Juan Crisóstomo

Desde que los primeros misioneros, escogieron Antioquía como centro geográfico, la comunidad de esta ciudad no cesó de crecer y producir las figuras más destacadas de los padres de la Iglesia entre los que cabe mencionar a Ignacio de Antioquía (martirizado hacia el 110).

Para el s. IV, el cristianismo había llegado a las esferas más altas de la sociedad. Los padres de una de las figuras más sobresalientes de la Antioquía cristiana, Juan Crisóstomo, pertenecían a esta clase social.[13]

En efecto, el padre de Juan era un oficial al servicio del *Comes Orientis*, casado con Antusa, mujer inteligente y de sentimientos delicados. Viuda a los veinte años, renunció, como la madre de Libanio, un nuevo matrimonio para dedicarse enteramente a la educación de su único hijo.

Juan nació entre los años 340 y 350, recibió la mejor educación disponible en Antioquía. Primero bajo Andragacio y luego bajo el ya entonces afamado Libanio.



A los 18 años, Juan decidió abrazar el cristianismo insatisfecho por el exceso de palabras de una filosofía que no desembocaba en un *Bios Philosophicos*. A los 21 años Juan fue bautizado y designado lector en las asambleas litúrgicas.[14] Juan completó su instrucción cristiana bajo Diodoro de Tarso, teólogo antioqueno que iniciaba un método racionalista de examinar la fe cristiana. Este método desembocó en la formación de la "Escuela Antioquena" de Teología. A fin de llevar una vida consecuente con lo que estudiaba, Juan se dedicó a vivir austeramente, primero bajo la dirección de un monje experimentado, luego en completa soledad en una cueva en las montañas cercanas a Antioquía.

En medio de una vida de ayunos exagerados y privación del sueño, Juan, se consagró al estudio de la Biblia. Con esto se deterioró su salud de tal manera que se vió forzado a regresar a Antioquía.

En 381 le hicieron diácono, luego presbítero con el cargo de predicador principal de la Iglesia de Antioquía. La calidad de su arte oratoria le distinguió como el orador más grande de su tiempo y le valió el título de *Chrysos-tomos* "Boca de Oro" que la posteridad habría de conferirle.

Por estas mismas fechas, el emperador Teodosio I había convocado un concilio en Constantinopla para articular en proposiciones la fe ortodoxa y fijar el credo cristiano. La razón principal para la convocación de este concilio era la siguiente: desde principios del s. IV, el presbítero Arrio había emitido la opinión de que Cristo

era sólo un hombre de muy grande santidad, pero hombre al fin. Los obispos ortodoxos, con San Atanasio a la cabeza contrarrestaban esta opinión oponiéndole la doctrina de la divinidad de Cristo, confesando a Cristo la segunda persona de la Trinidad y no sólo un hombre.

La discusión teológica se centró hacia el último decenio del s. IV, en el esclarecimiento de la naturaleza del Espíritu Santo, particularmente en la región de Capadocia. Crisóstomo quedará al margen de la discusión, pues estaba totalmente dedicado a la organización de la comunidad eclesial de Antioquía. En este tiempo pronunció sus famosos sermones exegéticos.[15]

Juan Crisóstomo estaba preocupado por las costumbres de sus compatriotas, pues distaban mucho de ser cristianas. Crisóstomo pensaba que ciertas fiestas sociales, como los mismos juegos olímpicos de Antioquía y las fiestas de Mayuma, (que terminaban siempre en orgías escandalosas), no podían conjugarse con la existencia cristiana. Sin embargo, las celebraciones que más atacaba el predicador no eran las cuadrienales ni aún las anuales, sino todos aquellos espectáculos que a lo largo del año se presentaban en el teatro de Antioquía y los que se llevaban a cabo en el hipódromo.[16]

Nunca faltaban en estas celebraciones representaciones obscenas de la vida íntima de los dioses y diosas, de las que Crisóstomo quería preservar a sus conciudadanos cristianos. El antagonismo e incompatibilidad de la ciudad pagana con la ciudad cristiana, afloraba con un contraste cada vez más manifiesto.

Con Juan Crisóstomo se ve, por primera vez como posibilidad cercana, que una de las ciudades más helenizadas del Asia Menor sea a la vez una ciudad eminentemente cristiana.

Como heredero del humanismo helenista del que Libanio era un exponente acabado, Juan Crisóstomo dió una aportación importante a la vida social de sus coetáneos. Consideraba a los ricos como el problema principal de entre los males que aquejaban a la sociedad de su tiempo. Veía en ellos una clase de hombres ambiciosos, avaros, que perjudicaban a la masa de trabajadores, esclavos y desempleados, producto del sistema imperialista romano. Crisóstomo podía percatarse de que la obra asistencial de la Iglesia, por indispensable que fuera, no podía bastar para la solución del problema, si, en la base, el sistema de explotación seguía incólume.

Es cierto que el gobierno imperial acudía en auxilio de los damnificados por las grandes catástrofes; pero los males endémicos de desempleo y la penuria crónica de los pequeños agricultores fueron tomados en consideración de manera que muchas veces, las más de ellas, los ciudadanos, carecían aún de los servicios de salud más indispensables. Así pues, una de las tareas de Juan Crisóstomo era la de atender y organizar los servicios asistenciales de la Iglesia. Dentro del conjunto de edificios que estaban localizados alrededor de la Gran Iglesia de Antioquía se encontraban las cocinas y los comedores de los pobres atendidos por cierto número de diáconos y empleados. Este complicado y costoso aparato organizativo requería del responsable, una insistencia continua sobre la necesidad de compartir los bienes disponibles. Crisóstomo tomaba este oficio en serio y los ricos de Antioquía tuvieron que escuchar más de una vez las palabras directas de un predicador convencido.

> Y es así que el no dar parte de lo que se tiene es ya cierta rapiña. Esto que os digo se os hará tal vez más extraño, pero no os maravilléis. Yo os voy a legar un testimonio de las Escrituras divinas que dice ser rapiña avaricia y defraudación no sólo el arrebatar lo ajeno sino también no dar parte de lo suyo a los otros. ¿Qué testimonio es ése? Reprendiendo Dios a los judíos por boca del profeta dice: La tierra ha producido sus frutos y no habéis traído los diezmos sino que el fruto de vuestra rapiña de pobre está en vuestras casas (Mal. 3, 10). Porque no habéis hecho —dice— las ofrendas acostumbradas, habéis arrebatado al pobre. Eso dice para demostrar a los ricos que lo que tienen pertenece al pobre aun cuando esta riqueza haya entrado en la riqueza paterna, aun cuando les venga el dinero de dondequiera que sea.[17]

No fueron solamente los problemas inherentes al sistema de Gobierno las que aquejaron a Antioquía en esos tiempos, también los problemas del exterior tuvieron su nefasta influencia. Frente a las repetidas incursiones masivas de los bárbaros el imperio tuvo que aumentar su presupuesto de defensa. Después del desastre de Andrianópolis (376) los impuestos fueron incrementados desmesuradamente a fin de reconstruir un ejército para la frontera oriental.

Las exigencias llegaron al límite de lo tolerable en 387. La cantidad exigida de los antioquenos superaba con mucho las posibilidades de la mayoría de los ciudadanos. Los propios senadores, al recibir la noticia, se levantaron de sus curules alarmados y se dirigieron en grupo a la residencia de Celso, gobernador de Siria. Esta actitud irreflexiva de parte de las autoridades desató una ola de protesta popular que adquirió proporciones de insurrección. La violencia hizo su aparición y el palacio del gobernador se convirtió en el blanco de los proyectiles de la multitud. Las efigies de los emperadores fueron profanadas hasta la destrucción.[18] El crimen de *Laesae Maiestatis* no podía ser más afrentoso.[19]

La chusma hizo demostración de su descontento todo el día llegando hasta el punto de prender fuego a casas de ciudadanos importantes y ricos. Para cuando llegó el *Comes Orientis*, la turba estaba ya fuera de control y en una buena parte de la ciudad se podía apreciar la magnitud de la destrucción. Se dió entonces el mandato de reducir al orden a los insurrectos; los soldados no tuvieron empacho en dirigir contra los ciudadanos sus flechas y lanzas. Los arrestos fueron inmediatos y numerosos; los juicios sumarios se sucedieron y las sentencias fueron cumplidas de inmediato. Algunos fueron decapitados, otros enviados a la hoguera y algunos más reservados a las fieras. No hubo misericordia para las mujeres y los niños.

Todos estos acontecimientos se produjeron con rapidez. El obispo de Antioquía se encontraba ausente y

Juan Crisóstomo no tuvo noticia de lo acontecido hasta después de que los sucesos salieron fuera de control. Juan no tuvo tiempo de usar su elocuencia para hacer llamados a la cordura. Cuando entró el obispo a la ciudad ya se habían hecho los juicios y decidió partir a la capital en busca de perdón.

Se nombró una comisión imperial de encuestas que tenía por tarea delimitar las responsabilidades (de las que los senadores no estaban exentos) y anunciar los castigos que habrían de seguirse para la ciudad. Los rumores decían que lo menos que se podía esperar era la ejecución pública de todos los senadores y para los ciudadanos castigos proporcionales.

Juan Crisóstomo se dedicó a orientar la opinión pública con sermones elocuentes. Son los famosos sermones "*Sobre las Estatuas*",[20] en los que se evoca el día malhadado en que la chusma echó por tierra las estatuas del emperador y su esposa. Los textos de la Escritura que se leen en la liturgia de cuaresma se prestaban admirablemente para la ocasión.

Las decisiones imperiales en contra de la ciudad culpable se dieron a conocer. La sentencia previa y quizá la de mayor efecto sicológico, fue la de privar a la ciudad de su título de metrópolis y de los privilegios ajenos a su rango. Los baños, los teatros, la arena y el hipódromo fueron clausurados.[21]

Antioquía parecía ciudad enlutada. Los senadores fueron encadenados públicamente y puestos en prisión. La tristeza y depresión popular llegaban a sus simas.

Juan trató de elevar la moral de sus conciudadanos, primero reconociendo que parte de la culpa la tenían ciertos extranjeros anarquistas, lo cual no excusaba a los que acumulando riquezas no querían deshacerse de ellas con perjuicio de los más pobres, oprimidos ya por los elevadísimos impuestos. Juan rechaza una forma de religión que pudiese alienar a los sufridos antioquenos de la realidad social en la que se encontraban y exhortó a todos los ciudadanos a abstenerse de hacer votos descabellados y promesas religiosas producidas por el pánico.

La pesada atmósfera que reinaba en Antioquía fue disipada súbitamente cuando un mensajero jadeante llegó con la noticia de que el obispo Flaviano había obtenido éxito en su intercesión. El emperador había decidido levantar las penas impuestas.

Es de imaginar la explosión de gozo que esto causó. Crisóstomo no dejó por ello de predicar.

Recordó al pueblo cuán agradecidos debían mostrarse con Dios por la liberación obtenida y subrayó cuán saludable había sido para los antioquenos el temor de Dios y el arrepentimiento.

Buscando orientar al pueblo, Crisóstomo analizó el episodio y creyó comprender que se trataba de una cuestión de ciudadanía cristiana.[22] Había una importante lección qué aprender: la ciudadanía del cristiano estaba en el cielo, en la Jerusalén Celeste. La ciudad del Dios vivo. Los cristianos no tenían habitación permanente en la tierra sino que eran peregrinos rumbo a la ciudad venidera.

La ciudad actual, la *polis* griega, centro de civilización, pertenecía al pasado; no eran ya las piedras y la dignidad de metrópolis lo que hacía a la ciudad diferente, sino la virtud y la piedad de sus habitantes. Si la ciudad griega era grande por la comunicación recíproca y riqueza de sus habitantes; la ciudad nueva se engrandecía por el amor cristiano, el *agape*, que los cristianos se profesaban, y por la comunidad de bienes, la *koinonía*, que debían de practicar. El *agape* y la *koinonía* que los cenobios vecinos de Antioquía trataban de vivir como ideal.[23] Para Juan Crisóstomo la ciudad griega cedía el lugar a la ciudad cristiana en cuya construcción él estaba íntegramente comprometido.

Su fama de austeridad y elocuencia lo hicieron el candidato ideal para llenar la sede vacante de Constantinopla. El 26 de Febrero de 398 fue ordenado obispo de Constantinopla. Con esto, los años de felicidad en Antioquía se trocaron en los amargos días de su nueva vida en la capital del imperio. No es fácil decidir quien sufrió más en la separación: si los habitantes de Antioquía o Juan Crisóstomo.

Las artes en Antioquía

Los hombres como Libanio y Juan Crisóstomo, creaban necesariamente alrededor de ellos una atmósfera distinguida que se expresaba en manifestaciones y obras como las que enseguida se describen.

Una ciudad exigente en sus gustos artísticos, como Antioquía, no podía carecer de talleres refinados donde

proveerse de los bienes suntuarios tan apreciados por sus habitantes.

Los talleres de orfebrería y otras artesanías menores no faltaban entre los artistas, pero la especialidad antioquena era sin duda los pavimentos en mosaico.[24] El pavimento en mosaico conoció demanda inusitada del s. II al s. IV, de manera que se instalaron aquí los talleres más importantes del ramo.

La técnica del mosaico no tenía nada de nuevo y su carácter conservador se reflejaba en los motivos escogidos: los mitos clásicos y personajes legendarios o simbólicos. Los motivos cristianos entraron tardíamente.

Lo más usual era repetir en mosaico las pinturas más famosas de la antigüedad; esto es notable en Palestina y Antioquía. La originalidad de estas obras reside, en el procedimiento exigido por el material (las teselas multicolores), que obliga a seleccionar y a hacer resaltar determinados aspectos del modelo. Así se inaugura una nueva estética.

Así, Antioquía conserva ejemplos de especial originalidad. Ya no se reproducen simplemente escenas de la arena, sino que se representan personificaciones femeninas tales como: Ktisis, Ananeosis, Sotería, Apolusis. Cada una de estas representaciones correspondía a algo importante y deseable en la casa: fundación, restauración, preservación y bienestar. Todas estas representaciones simbólicas eran otras tantas invitaciones a la Buena Fortuna para el futuro de la construcción donde se colocaban los mosaicos.[25]

Entre los mosaicos que se conservan, el más famoso es sin duda el de la Gran Cacería, (o *Megalopsychia*, la Magnanimidad). Se trata de una representación heroica y moralizante de la caza, cuyos personajes rodean a la Magnanimidad; las actitudes de los cazadores y las fieras están preñadas de simbolismo. Contrastan con estas representaciones las figuras del friso donde se representan escenas que se desarrollan en las calles de Antioquía. Hay ahí un verdadero panorama de la ciudad Siria, donde todos los edificios célebres están acompañados de sus nombres. En este caso el arte es enteramente realista y no parece vincularse a ninguna idea abstracta. Mercaderes, filósofos y transeuntes están representados frente a cada uno de los edificios donde desarrollan sus actividades, actividades que hacen la vida de la ciudad descrita por Libanio en el *Antiochikós*.[26]

Decadencia y ruina de la ciudad

Las generaciones que presenciaron el surgimiento de los majestuosos edificios, de las magníficas y espaciosas arcadas, y de las incontables estatuas, nunca sospecharon cuán efímera iba a resultar la causa de su orgullo.

Los movimientos telúricos que se sintieron en la capital de Siria fueron resquebrajando una tras otra las grandes edificaciones.

El historiador Evagrio nos dejó un relato de los temblores de los años 457 y 458. Procopio nos narra en su *Guerra Persa*,[27] que un violento terremoto sacudió la ciudad bajo Justino, en 526. El terremoto "derribó la mayor y mejor parte de los edificios", y se cuenta que murieron trescientos mil habitantes de Antioquía. Dos años después las murallas mismas cedían al ímpetu de los movimientos telúricos.

En 587 los persas al mando de Cosroes sitiaron y tomaron la ciudad, haciendo una matanza horrible de sus habitantes y saqueando sus riquezas, y finalmente prendiéndole fuego, excepto, dice Procopio (G.P. II, IX, 18) a la Gran Iglesia.[28] Antioquía fue tomada por los árabes en agosto de 636 como consecuencia de la derrota de las tropas de Heraclio en las riberas del Yarmuk, afluente oriental del Jordán (junto al lago de Tiberíades).

La decadencia de la antigua capital Siria redundó en beneficio de Alepo, su rival tierra adentro. Antioquía pasó a manos árabes. El 29 de octubre de 969, Nicéforo Focas reconquistó Antioquía y ésta recobró algo de su antiguo esplendor. El comercio que había hecho la encrucijada del Oriente y Occidente, ahora la volvía punto focal de las transacciones entre griegos y musulmanes. En ella se erigió la fortaleza más formidable de la frontera siria.

En 1085 Solimán Ibn-Kutulmish, impresionado por el auge de la ciudad y deseoso de conquistar tan estratégico punto, se adueñó de ella.[29] Aquí comienza la historia vasallática de Antioquía, primero bajo el emir de Alepo y luego bajo el de Damasco (1096).

Los cruzados tenían conciencia clara de la importancia de Antioquía y nunca lo ocultaron. El gobernador turcomano de Antioquía, Yaghi-Siyan, cuyos súbditos eran en su mayoría cristianos (griegos, armenios y sirios), tuvo que usar de mano dura con ellos cuando los cruzados estuvieron próximos. Yaghi-Siyan llegó aun a perseguir a los cristianos y a profanar los templos hasta entonces respetados, lo cual, si no justifica, al menos explica las matanzas de las guarniciones turcas por parte de los aldeanos cristianos en cuanto las cruzadas se hallaron cerca.

La ciudad que encontraron los cruzados era todavía imponente. Las casas y comercios cubrían una extensión de casi tres millas de largo por una milla de profundidad entre el Orontes y el Monte Silpio: la ladera de la colina estaba salpicada de villas y palacios de los ricos.

> *En torno a todo esto emergían las inmensas fortificaciones construidas por Justiniano y reparadas sólo hacía un siglo por los bizantinos con los últimos adelantos de su pericia técnica. Hacia el norte las murallas surgían de las orillas pantanosas a lo largo del río, pero al este y al oeste se elevaban directamente por las laderas de la montaña y hacia el sur discurrían por la sima de la cordillera y seguían luego atrevidamente sobre la grieta abierta por el torrente llamado Onopnicles hacia la llanura y por encima de una estrecha posterna llamada la Puerta de Hierro, para culminar en la soberbia ciudadela a mil pies sobre la ciudad. Cuatrocientos torreones, salían de las murallas, espaciados de manera que cada yarda estaba dentro del area de un tiro de arco.*[30]

Allí fundaron los occidentales el principado de Antio-

quía que sustrajeron a la dominación bizantina. La ciudad nunca fue motivo de orgullo para los cruzados, pues era objeto de discordia de orientales y musulmanes.

En 1268 el sultán mameluco Baibars, derrotó a los ejércitos cruzados que defendían la desventurada ciudad. Bohemundo IV no pudo mantener la defensa y debió abandonarla. La cólera del sultán se desató, despiadada, contra edificios y habitantes. El fuego destrozó buena parte de los grandes edificios y los habitantes que no dejaron allí su vida, fueron deportados. La ciudad quedó casi despoblada.

Los mamelucos determinaron no volver a dar a Antioquía la importancia de antaño.

Pobre y mal defendida la encontrarían los Otomanos en 1517.

Los franceses que tomaron posición en la ciudad en 1920 no podían creer que allí había estado la capital de toda Siria. La gloriosa historia de Antioquía había terminado y no volvería jamás a repetirse.

EPILOGO

Amiano Marcelino llamó a la ciudad de Antioquía *Orientis apicem pulchrum*. Un bosquejo de la historia de la ciudad, como el que acabamos de hacer, basta para probar que no se trata de una exageración.

Sus orígenes y las leyendas que los rodeaban son testimonios prolépticos de la gloria que habría de obtener durante sus mil años de historia. La situación geográfica de Antioquía escogida expresamente según los cánones de rigor para las ciudades griegas dotaron a la capital siria de la riqueza infraestructural y de la posición comercialmente privilegidada de su desarrollo ascendente.

La cultura griega, y luego la romana, floreció en esta tierra oriental como en ninguna otra parte del Asia Menor. Los romanos le dieron el esplendor de una urbe metropolitana que la haría famosa a través de toda la historia del Imperio Romano de Oriente.

Para Tucídides, son los hombres quienes hacen las ciudades. De esto da fe Libanio y quienes como él hicieron irradiar desde Antioquía la cultura y los valores grecoromanos clásicos. La capital del imperio, Constantinopla, no fue la menos beneficiada por este auge cultural.

El cristianismo cambió la significación, que no la profundidad, de la bien ganada fama de Antioquía. Fue ésta, desde los albores de la predicación misionera cristiana, la capital oriental de la nueva creencia. Llegó a ser, sin duda, más importante que la propia Jerusalén. La teología que se hizo en la escuela antioquena dominó el pensamiento de los obispos de Constantinopla. Esto ya es verdad con Juan Crisóstomo (s.IV), pero es más evidente durante la querella cristológica que se produjo entre el patriarca Nestorio y Cirilo, obispo de Alejandría, en el s. V.

El contexto social es ya aparente en las vidas de los dos personajes de los que se habla en el trabajo. La ideología dominante en ambos casos puede ser colegida en las páginas anteriores. Para una idea más precisa del nivel cultural de Antioquía se debería hacer un examen detallado de la vasta obra que nos dejaron, pero esto supondría un trabajo de naturaleza diferente al emprendido.

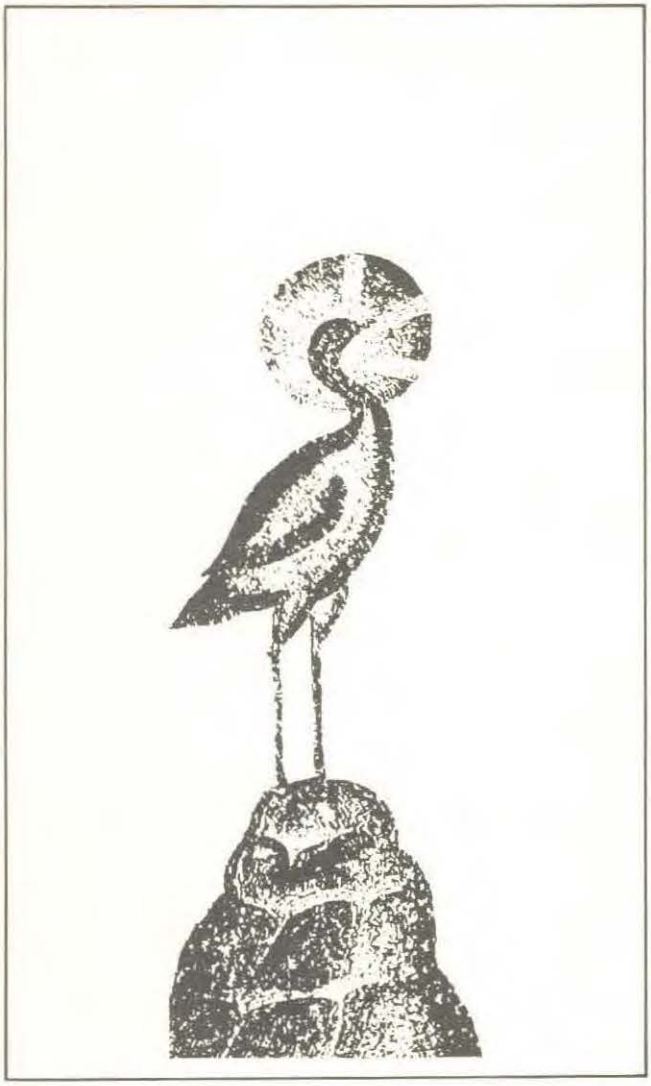
A título de ejemplo, examinamos brevemente la industria artística de los mosaicos de pavimento, para evidenciar otras ramas del arte que florecían en Antioquía.

La naturaleza, base de la grandeza de la capital siria, se convirtió luego en el cruel verdugo que la reduciría a escombros, a fuerza de terremotos. Repetidas conquistas y largos sitios frente a sus murallas acabarían con lo que la naturaleza había perdonado.

Cuando llegaron los cruzados, ya no se podía reconocer la ciudad orgullosa: el principado de Antioquía sólo guardaba la gloria de un nombre engañoso. Los turcos y las invasiones del siglo XIII dieron fin a la historia de la ciudad por muchos conceptos.

Hoy día sólo queda el consuelo de ver correr el Orontes a través de la planicie que se cobija a la sombra del imponente Monte Silpio. Allí se asienta la humilde localidad turca de Antakia. Ni siquiera el plano de la ciudad fue respetado, éste tuvo que ser excavado por las expediciones de la Universidad de Princeton.

Antioquía queda para nosotros como un ejemplo, sacado de la historia bizantina, de una ciudad creada por un imperio conquistador en tierra lejana. Cuántos ejemplos semejantes podemos encontrar en América hispana es una pregunta que queremos dejar planteada a los especialistas de la historia de América.



NOTAS

1. El trabajo se basa en el estudio ahora clásico de A.J. FESTUGIERE *Antioche païenne et chrétienne*, Bibliothèque des Ecoles Françaises d'Athènes et de Rome 194, Paris, Boccard, 1959, y en el librito de G. DOWNEY *Antioch in the Age of Theodosius the Great*, Norman: University of Oklahoma Press, 1962. Ver también el libro fruto de las expediciones de la Universidad de Princeton: G. DOWNEY *A History of Antioch in Syria from Seleucus to the Arab Conquest*, Princeton U. Press, 1961.

2. HEGESIPPI *Historiae Libri V*. Ed. V. USSANUS, CSEL, Viena y Leipzig, 1932, reimpresión Johnson, NY., 1960 p. 192.

3. Ver el comentario arqueológico de R. MARTIN en FESTUGIERE, *op. cit.* p. 38 y el mapa que allí aparece en la p. 37.

4. *Antiochicus* n. 243; Trad. FESTUGIERE op. cit. p. 32. Bajo Antioco Epifanes se perforó el túnel en la ladera de la montaña para llevar el agua de Dafne a Antioquía, obra del ingeniero romano Coçucio. Ver G. DOWNEY, Antioch... p. 29-30.

5. G. DOWNEY *Ibidem* p. 35.

6. A PIGANIOL *Historia de Roma*, Buenos Aires, Manuales Eudeba, 1974, p. 181.

7. W.C.H. FREND *Martyrdom and Persecution in the Early Church*, Blackwell, Oxford, 1965. p. 135, nos informa de las persecuciones antisemitas en Antioquía en el año 67.

8. Las construcciones de templos cristianos dieron a Antioquía un carácter nuevo y grandioso. Cf., G. DOWNEY *Antioch in the Age, of the Theodosius the Great* p. 103.

9. Ver FESTUGIERE, p. 97 y el "*Bios*" de Libanio (*Oratio I*).

10. La carrera de Libanio como educador está ampliamente descrita por FESTUGIERE *op. cit.* I. Parte, c. III pp. 91-140.

11. Hay que situar en esta época la redacción del *Antiochikos*.

12. DOWNEY *op. cit.* p. 99

13. Para la biografía de Crisóstomo ver la extensa bibliografía que da J. QUASTEN en su *Patrología* tomo II, Madrid, BAC, 1962 pp. 447 ss. A. NATALI *Christianisme et cité d' Antioche á la fin du IV siécle d'aprés s. Jean Chrysotome* in Ch. KANNENGIESER (ed.) *Jean Chrisostome et Augustin* Paris, Beauchesne, 1975.

14. Paladio de Elenópolis nos dejó una (*Vita Sancti Joannis Chrysostomi*), en el Cap. III nos narra su conversión de la filosofía al cristianismo.

15. Cf. J. QUASTEN, *Op. cit.* p. 453 ss.

16. Cf. S. AGUSTIN, *Confesiones* Libro III, Cap. II.

17. Trad, esp. en R. SIERRA BRAVO *Doctrina Social y Económica de los Padres de la Iglesia* Madrid, COMPI, 1967, p. 326.

18. DOWNEY *Op. cit.* p. 123 ss.

19. La imagen (*eikon*) del emperador era rodeada de honores y tenía virtudes vicariales, o "prosópicas". Los jueces se sentaban bajo una imagen del emperador para dictar sus sentencias en nombre del soberano. Los juramentos se hacía frente a una pintura o una escultura imperial. Una ofensa a una estatua era considerada tan grave como la ofensa hecha al emperador mismo (cf. DOWNEY, *op. cit.* p. 79).

20. J. QUASTEN *Patrología ed. cit.* Tomo II, pag. 478.

21. Sabemos cómo dolía a los antioquenos el estar privados de los juegos y los espectáculos; "Despidiendo a los artistas de los teatros, a los mimos, a los bailarines, arruinaste la ciudad", hace decir el Emperador Juliano a los antioquenos en su *Misopogon* (344), citado por FESTUGIERE, op. cit. p. 81. e.

22. G. DOWNEY *Antioch in the Age of Theodosius the Great* p. 129.

23. Para la vida monástica de Antioquía y sus cercanías, ver FESTUGIERE *op. cit* pp. 311 y ss. Ver pp. 347 para los monjes estilitas.Ver también J. LACARRIERE, *Los hombres ebrios de Dios*, Barcelona, Ayma, 1964, pp. 169-204.

24. Cf. A. GRABAR Prefacio a: *Grecia, Mosaicos Bizantinos*, UNESCO, New York, Graphic Society, Paris, 1959, p. 5.

25. GRABAR A. *La Edad de Oro de Justiniano, Desde la muerte de Teodosio hasta el Islam*, México, Aguilar, 1966 pp. 106-107; figs. 109-112. Ver también *Idem: Christian Inonography. A Study of its origins* (Bollinger Series XXX V. 10) Princeton University Press, 1968, p. 17

26. La figura central del mosaico descrito, como tantas otras de la época, presenta una actitud soberana típica de los tiempos de las monarquías. La fórmula es aplicada a Ariadna, Dionisio, Isis o Venus en otros mosaicos contemporáneos de la región. Como las otras figuras, la *Megalopsychia* muestra una actitud majestuosa propia de los soberanos imperiales. El libro clásico sobre el tema de D. LEVI *Antioch Mosaic Pavements*, 2 vols. Princeton, Princeton University Press, 1947 no estuvo al alcance del autor de este artículo.

27. PROCOPIO *La Guerra Persa*. Libro II. c. XVI, 6o. ed. Dewing, Loeb Clasical Library p. 383.

28. PROCOPIO *Op. cit.* II. IX. 18.

29. Ver. S. RUNCIMAN *Historia de las Cruzadas* I. p. 206.

30. Ibidem p. 208.

BIBLIOGRAFIA

DOWNEY Glenville, *Antioch in the Age of Theodosius the Great*. Oklahoma, The University Press, 1962.

FESTUGIERE A.J. *Antioche Païenne et Chrétienne. Libanjus, Chrysostome et les moines de Syrie*. Bibliotèque des Escoles Francaises d' Athènes et de Rome 194, Paris, 1959, Paris, 1959. Avec un commentaire archèologique sur l'Antiochikos para Roland MARTIN, prof. à l'Univ. de Dijon.

GRABAR, A. *La Edad de Oro de Justiniano. Desde la Muerte de Teodosio hasta el Islam* Aguilar, México, 1966.

Christian Iconography, A study of its origins, Princeton N. J., Princeton University Press 1968.

GRABAR A. Y CHATZIDAKIS Manolis, *La pintura bizantina en la Alta Edad Media*, México, Diana, 1967.

GRABAR André (Prefacio a) *Grecia, Mosaicos Bizantinos*, UNESCO, New York Graphic Society, Paris, 1959.

LEVI DELLA VIDA G. Articulo: "Antiochia" en *Enciclopedia Italiana*, Roma, 1949.